

FRACASOS Y ESPERANZAS DEL  
CATOLICISMO POLITICO ESPAÑOL

por

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA

Abogado del Ilustre Colegio de Madrid



## FRACASOS Y ESPERANZAS DEL CATOLICISMO POLITICO ESPAÑOL

Parece que el temario de esta XX Reunión de amigos de la Ciudad Católica toca la esencia misma de nuestra asociación. Queremos una ciudad católica y ello sólo puede conseguirse por medio de la política. No he de insistir en puntos ya tratados por compañeros que me han precedido. Estanislao Cantero ha demostrado que existe una política católica. María Teresa Morán nos ha dicho cuáles eran sus principios. Mi propósito es más humilde. Sólo voy a tratar de poner ante vuestros ojos lo que en los dos últimos siglos intentaron hacer nuestros compatriotas para conseguir esa ciudad católica en la que se pudiera vivir como hombres y como creyentes para, tras su paso por ella, poder llegar a esa otra ciudad celestial en la que ya no habrá cuidados políticos, pues la visión de Dios nos hará eternamente bienaventurados.

Tomad mis palabras *sub specie actualitatis*. No es éste un congreso de historiadores sino de católicos militantes y, por tanto, en tensión de apostolado político y social. Queremos una España católica y para conseguirlo precisaremos una política católica. Y ese querer es hoy si cabe más apremiante, porque como en los más negros y tristes períodos de nuestra historia, una nación de santos ha dejado otra vez de ser católica. La sangre de los mártires se ha secado en el olvido y el desprecio. Las turbas, como en aquella tarde trágica del Pretorio de Pilatos, eligen de nuevo el pecado y gritan de nuevo el *Crucifige*.

Pero esta España del divorcio instaurado y del aborto en puertas, del terrorismo y el asesinato, de la pornografía, y la droga, de la colza y el perjurio, no es una casualidad ni fruto del azar. No. Estamos recogiendo la cosecha de nuestros pecados, de nuestras abstenciones, de nuestras comodidades y debi-

lidades, de nuestros errores y nuestros fracasos. No hemos hecho nada o lo que hemos hecho lo hicimos mal. Hoy lamentamos las consecuencias. Se diría que nuestra patria es en estos días un gigantesco muro de las lágrimas ante el que lamentamos los males que nos aquejan. Y como Boabdil lloramos los españoles lo que como hombres no supimos defender.

Para mañana. ¡Qué digo! Para hoy mismo. Para reconquistar la España católica que hemos perdido. Para resucitar una patria en paz, progreso y temor de Dios. Para libratnos del asco y la vergüenza, para no sentirnos traidores ante nuestros mayores ni cobardes y perjuros ante nuestros hijos, vamos a repasar la historia del catolicismo político español para hacer balance de experiencia y desde él volver a alzar las banderas de Dios y de España en la seguridad de que el soplo de Cristo volverá a henchir sus pliegues y las conducirá de nuevo a la victoria.

Nuestro catolicismo político nació va a hacer pronto mil cuatrocientos años en la ciudad de Toledo. En el mismo corazón de España. Y en esa ciudad imperial y católica, hoy, en días de general devastación religiosa en los que Anases, Caifases y Oppas celebran con regocijo el rito sacrílego del sepelio de la España católica, brilla todavía una pavesa de fe y de esperanza, que desde su palacio arzobispal ilumina mentes y calienta corazones. Es como si Dios quisiera pagarnos la conversión de Recaredo y la labor apostólica de los grandes obispos visigodos, en esta hora de *potestas tenebrarum*, con un cardenal como don Marcelo González Martín.

Pues bien, desde el III Concilio de Toledo hasta el comienzo del siglo XIX España fue la nación católica por antonomasia. Descubrimos América para Cristo. Dimos a Roma cien pueblos por cada uno que le arrebatava la herejía. Llenamos el cielo de santos, el mundo de iglesias y la gloria de las gestas de los españoles. ¡Qué duda cabe que hubo quiebras y eclipses en tan largo período! Pero a un Guadalete seguía Covadonga y España se iba haciendo con la cruz y la espada.

La dinastía de Borbón minó con el regalismo de sus reyes y el enciclopedismo de sus clases dirigentes una construcción mo-

nolítica hasta los días de Carlos III. La Revolución francesa no halló en nuestra patria un Jaume el Conqueridor, o un Fernando el Santo, ni un Emperador Carlos, o un Felipe, y pudo entrar por los pasos pirenaicos mientras en Madrid disputaban la corona de España un rey padre inepto y un rey hijo felón.

Y entonces el catolicismo político español surge vibrante en dos frentes bien definidos. En el campo de batalla, todo el pueblo defendiendo a la religión y a la patria frente a las tropas invasoras que tenían prisioneros al Papa y al Rey. Y en las Cortes de Cádiz, frente a los diputados liberales que pretendían introducir con sus decretos los mismos principios que los soldados de Napoleón traían en sus mochilas

No me extenderé en el carácter religioso de ambos combates demostrado hasta la saciedad por la historia. Ni en las vicisitudes de la lucha en la que obtuvimos una victoria que parecía impensada. En 1814 se había triunfado en ambos frentes. Bailén, los Arapiles, Vitoria, San Marcial ..., la patria reconquistada al ejército más poderoso del mundo, son testimonio de nuestra gloria militar. Y las medidas revolucionarias y la persecución contra la Iglesia de las Cortes de Cádiz, despertaron a nuestro pueblo que comenzó a enviar a las nuevas Cortes unos diputados, estos sí verdaderamente elegidos y no designados por la camarilla liberal que aprovechándose de la confusión de los primeros momentos, con la patria invadida y la ciudad de Cádiz cercada, eligió a unos representantes del pueblo que significaban todo lo contrario de lo que ese pueblo amaba y por lo que ese pueblo moría.

Triunfo, pues, del catolicismo político español que por primera vez en la historia aparecía espontáneo y poderoso. Era el mismo aliento popular que combatía en la guerrilla o en las filas del ejército regular, predicaba en los púlpitos la guerra santa contra Napoleón o defendía en las Cortes, por boca de Inguanzo, Ostolaza, Simón López y tantos otros, primero en minoría pero aumentando su número y su influjo conforme iban llegando a Madrid los verdaderos diputados de las provincias, los principios de la España eterna y como el más esencial de ellos la religión católica.

En el *Manifiesto de los Persas*, trazaron sesenta y nueve di-

putados el programa del catolicismo político español de aquellos días: la defensa de la religión, el rechazo de la monarquía arbitraria, la exigencia de las Cortes tradicionales, la condena de un liberalismo revolucionario que el pueblo repudiaba, abrían para nuestra patria unos horizontes preñados de esperanza. El decreto de Fernando VII del 4 de mayo de 1814, que parecía asumir todos los postulados del Manifiesto, pudo enmendar, y en las circunstancias más favorables, los pasados errores del absolutismo borbónico. Y todo se fue al garete.

Debemos pensar por qué. Y sacar consecuencias para el hoy. Por ello, después de exponer cada una de las tentativas de nuestro catolicismo político por enderezar los torcidos rumbos de la patria, analizaremos las causas de esos fracasos. Al menos en algunos de sus aspectos más evidentes, ya que un estudio exhaustivo fácilmente se comprenderá que haría esta conferencia interminable.

Las razones de este primer fracaso son muy fáciles de explicar. Dos palabras las resumen: inexperiencia y confianza. La oposición al liberalismo fue naciendo sobre la marcha. En España nadie sabía lo que era eso y día a día, entre indignación y sorpresa, iban descubriendo los españoles la maldad y los errores del nuevo sistema.

Además, la confianza en el Deseado, por quien tantos habían muerto, mitificado como el rey cautivo de la perfidia de Bonaparte hizo pensar a todos que su regreso bastaría para enderezar lo que se había torcido y remediar el mal. Pero Fernando VII no tenía el menor interés en gobernar bien, en su descargo tal vez pueda decirse que quizá ni supiera qué era eso, sino que sólo pretendía seguir disfrutando de una finca que estimaba de su propiedad y que se llamaba España. Y la gran victoria político-militar de 1814 se malogró lastimosamente.

Ha sido una inmensa tragedia para España la absoluta carencia de un espíritu de servicio a unos ideales y a una patria de los monarcas borbónicos desde Felipe V a Alfonso XIII. La más triste figura de la Casa de Austria vivió y murió en la angustia de lo que a España se le avecinaba por no tener un heredero. Las preocupaciones de los monarcas de la dinastía francesa no

tenían nada que ver con nuestra patria. Felipe V se preocupó de conseguir la finca y de buscar luego en Italia alguna más para los hijos de su segundo matrimonio. Y para ello nos embarcó en guerras costosísimas de las que nada salimos ganando. Luis I, tras los breves días de su reinado, hace pensar a los historiadores que la Providencia hizo un favor a España llevándolo cuanto antes. Fernando VI, que es un paréntesis de dignidad en la dinastía, vivía para su mujer y enloqueció a su muerte. Carlos III vivió obsesionado con acabar con la Compañía de Jesús que era de vital importancia para los intereses de la Iglesia y aún de España. Carlos IV sólo pensaba en la caza y en engrandecer al amante de su mujer. Fernando VII fue un pésimo hijo, un servil adúlador de quien había invadido su patria y le había arrebatado la corona y estaba dispuesto a jurar lo que le echaran con tal de mantenerse. De Isabel II no repetiremos aquí lo que figura en todas las historias en atención a que es mujer. Alfonso XII vivía pata sus aventuras amorosas. Y Alfonso XIII fue un señorito frívolo que partió al exilio abandonado por todos. Como él había abandonado antes a don Antonio Maura, al Gobierno constitucional que derribó la Dictadura y después al mismo Dictador don Miguel Primo de Rivera. Se me podrá objetar que esto es una caricatura. Cierito. Pero recoge rasgos esenciales. Que a ellos, algunos añadfan alguna virtud. Pues no faltaba más. Pero así ha sido la triste lista de nuestros monarcas.

Aún así no desmerece de la de los Presidentes de las dos Repúblicas que hemos padecido. Que resultaron inviables y más funestas para España que la monarquía de tales reyes. Por eso ha sido una constante en el pensamiento tradicional español el moderar el poder de los reyes con instituciones sociales que puedan impedir la arbitrariedad real.

A los seis años del regreso de Fernando VII, la sublevación de Riego trae de nuevo a España el régimen liberal, que el monarca se apresura a jurar. Y la historia vuelve a repetirse. El catolicismo político español se lanza de nuevo al campo de batalla y en tres años obtiene de nuevo la victoria. De como el pueblo español se oponía al liberalismo, dará fe el hecho incon-

trastable de que a los pocos años de la sublevación general de España contra el francés, al entrar ahora otro ejército de la misma nacionalidad, recorre en triunfo toda la Península, aclamado en cuanto pueblo entra, ya que en esta ocasión no venía como enemigo sino en apoyo de las creencias, de los amores y de las lealtades de la inmensa mayoría de la nación española.

Y nuevo fracaso, y por muy parecidas causas. Ahora la inexperiencia ya debía ser menor. Y también la confianza en el rey. Pero éste había sido de nuevo el prisionero y regresaba magnificado por el cautiverio y la victoria. Sin embargo, ahora el catolicismo político español aventura ya sus críticas. Son del mayor interés los informes que en 1825 numerosos obispos hacen sobre el Estado de España. En ellos se habla de lenidad, de infiltraciones, de postergación de personas de acrisolada lealtad y no dudosas convicciones. El hecho es que al poder no llegaron los representantes del catolicismo político español, sino la camarilla del rey. Y en puestos claves del Ejército y la Administración se fueron infiltrando liberales más o menos camuflados.

Y aquí conviene que nos detengamos en dos constantes de la historia de nuestros dos últimos siglos que considero de capital importancia. La primera es una incapacidad que parece congénita en nuestro catolicismo político de ganar la paz como gana brillantísimamente la guerra. Tras derrochar heroísmo, tras verter raudales de sangre, una vez derrotado el enemigo, el católico español abandona la política y regresa a su casa y su trabajo, dejando el campo libre al arribista cuando no al mismo enemigo derrotado. La segunda, consecuencia en parte de esta primera, es la habilidad que los derrotados tienen para infiltrarse en los centros claves para ir preparando desde ellos la revancha y el triunfo de sus ideales.

Como consecuencia de esto, diez años después de la segunda restauración de Fernando VII, el liberalismo sube de nuevo al poder. Y el catolicismo político español vuelve de nuevo al campo de batalla enarbolando las banderas de don Carlos. Siete años de guerra espantosa y derrota en esta ocasión de los que en verdad fueron ejércitos de la fe.



¿Por qué la derrota? Las causas fueron varias. Se impuso una minoría, que ocupaba los centros del poder, a la mayoría del pueblo, que no estaba organizado. El ejército regular a la guerrilla. La muerte fortuita de aquel genio de la guerra que fue Zumalacárregui, asimismo fue decisiva. Pero también pudo haber ganado el carlismo, y derrotarle costó siete largos años. Lo que quiero señalar especialmente es otra constante de extrema gravedad. Todo lo que parecía intelectualidad, lo que escribía en la prensa, lo que se aireaba desde las tribunas, lo que daba aire de modernidad y encandilaba papanatas estaba monopolizado por los liberales. Es como si a los carlistas les bastara saber que tenían razón y que ella se impondría por su propia evidencia.

Resulta asombroso comprobar cómo a un gigantesco esfuerzo bélico sólo comparable en las Provincias Vascongadas, Navarra, Cataluña y el Maestrazgo al derrochado en la Guerra de la Independencia, le siguiera tan mínimo trabajo ideológico y propagandístico. Será en las filas de Isabel II donde aparecerán los dos genios del pensamiento católico de aquellos días: Donoso Cortés y Balmes.

La contraposición, por tanto, de unos liberales ilustrados —y no cabe duda que Martínez de la Rosa, Toreno, el duque de Rivas, Larra, Espronceda... lo eran— a un carlismo que la propaganda hacía parecer todavía más analfabeto, fue un grave handicap para el futuro de las ideas que alzaban las banderas del Pretendiente.

Sin embargo, la derrota del carlismo en su primera guerra fue mucho más fructífera para los ideales del catolicismo político que las victorias de 1814 y 1823. Tras el abrazo de Vergara y la retirada a Francia de aquel otro genio de la guerra que fue el general Cabrera, nadie apostaría un ochavo por la causa de don Carlos, que había sido la del catolicismo español. La situación religiosa de la España del liberalismo triunfante era trágica. A los primeros embates de las matanzas de frailes y la desamortización sucedió una persecución religiosa menos sangrienta, pero más efectiva. El gobierno regalista del general Espartero, que prácticamente acabó con la jerarquía española, ya que unos obispos

habían muerto —no se nombraba ninguno desde 1833—, otros estaban en el exilio o el destierro y en numerosas diócesis el gobierno había introducido el cisma nombrando obispos intrusos que Roma no reconocía.

En 1843 es expulsado el Regente Espartero, con lo que el catolicismo español experimenta un considerable alivio. Y es desde la derecha de los moderados por donde aparece una cierta manifestación de catolicismo político, aunque con más ribetes de moderado que de católico.

El fracaso del intento de Balmes de fusión dinástica mediante el matrimonio de Montemolín con Isabel II, el Concordato de 1851, la aparición de prensa católica, el nombramiento de nuevos obispos, la religiosidad indudable, pese a sus debilidades, de la reina, son factores que contribuyeron en mayor o menor medida a apaciguar las reivindicaciones católicas y a hacer menos necesaria la presencia organizada del catolicismo político.

Y aquí una nueva causa de tantos fracasos. Que consiste en la congénita incapacidad de preparar el futuro. Cuando los días parecen bonancibles, los católicos españoles dormitan en la inactividad. Como si esa situación fuera a ser eterna. Y ello a pesar de que en muchas ocasiones se percibe clarísimamente, a nada que se preste atención, el sordo rumor de zapa del enemigo.

El progresivo deterioro de la situación política isabelina, la muerte de Narváez, que era el espadón que sostenía el sistema, y el creciente descrédito personal de la reina de los tristes destinos, abocaron a la revolución de septiembre de 1868, con todo lo que ello supuso de graves atentados contra la religión.

Y con ello llegaríamos, por primera vez desde el III Concilio de Toledo, a algo a lo que no se habían atrevido ni los liberales de Cádiz, ni el Trienio, ni los asesinos de frailes en la década de los treinta, ni Espartero en sus dos etapas de gobierno. A la ruptura de la unidad católica.

De nuevo el catolicismo político sale por los fueros de la religión, y el carlismo, eterno Guadiana de nuestra historia, volvió al monte detrochando lealtad, heroísmo y sacrificio. El rey de la barba florida fue una esperanza para los católicos españoles

que, además, se movilizaron en otros frentes para oponerse a la revolución.

Esta vez el carlismo no estaba tan ayuno de intelectuales como en su primera guerra. Personajes de la derecha del moderantismo como Cándido Nocedal y Luis González Bravo, se habían pasado a sus filas. Pensadores del fuste de Aparisi y Guijarro avalaban una tarjeta de presentación que era ciertamente de recibo. Y con ellos estaban Manterola, Navarro Villoslada, Vildósola, Valentín Gómez, Ramón Nocedal y otros muchos más.

Pero los mismos excesos de la Revolución acabaron con ella. El carlismo pudo triunfar de la dinastía masónica y usurpadora de Saboya, que tenía al Papa prisionero y despojado y del cantonalismo republicano que rompía a la patria en mil pedazos insolidarios e inviables. Pero no pudo con Alfonso XII, pese a que en Lácár estuvo en un tris, y el ¡Volveré! de Carlos VII fue una promesa incumplida entre la imposibilidad y doña Berta de Rohan.

El siglo XIX fue una sangría constante de nuestro pueblo. La guerra de Independencia, la sublevación de las colonias, la primera guerra carlista, las primeras aventuras africanas, la guerra cantonal y la segunda contienda carlista, supusieron un precio demasiado elevado de muertos, sangre y duelos. Por eso, el advenimiento de Alfonso XII, aunque para bastantes no fuera lo ideal, supuso un respiro de tranquilidad y orden que hizo deseable la paz. Muy posiblemente, de haber continuado Amadeo de Saboya o la I República, los ejércitos de don Carlos hubieran entrado en Madrid. Pero no fue así. Y los católicos españoles se encontraron en una auténtica encrucijada.

El nuevo régimen era respetuoso con la Iglesia, el nuevo rey había sido apadrinado por el Papa, y el Papa era nada menos que Pío IX, los obispos, que se habían llevado generalmente bien con Isabel II, que al fin y al cabo era la que los había propuesto, no miraban mal al hijo de la reina, todo ello hizo que muchos católicos temporizaran o al menos pensaran que las cosas no estaban tan mal como para ir a morir al monte en defensa de la religión y de sus ideas. Para mí ahí estuvo la causa última de la derrota del carlismo.

Pero la restauración alfonsina fue, sobre todo, la restauración canovista. Y Cánovas fue un curioso personaje que tenía mucho más de liberal que de católico. El pudo, tras el grito de Sagunto de don Arsenio Martínez Campos, inclinar más hacia el catolicismo político la monarquía restaurada. Pudo, pero no quiso. Evidentemente ello hubiera supuesto el alejamiento de aquel complejo partido fusionista que era más que un partido una mezcla de masones, aristócratas, republicanos, arribistas, frescos, progresistas, viejos partidarios de O'Donnell, y de Prim, y de Amadeo, y de Serrano... Un auténtico cajón de sastre.

¿Hubiera perdido mucho España con ello? Personalmente creo que no. El tinglado que Cánovas montó es la causa remota de la gran tragedia española que se consumó en 1936. Pero Cánovas, que además de liberal era inteligente, no solo no quería inclinar su sistema a la derecha —y entiéndaseme este término derecha en el sentido que quiero darle, porque la derecha capitalista, sin otro ideal que el del dinero, estaba toda con el sistema—, sino que sabía que esa operación, Alejandro Pidal y Món la intentaría, era imposible.

Las masas carlistas no podían aceptar, era aún demasiado reciente la derrota y había levantado muchas ilusiones Carlos VII. La persona real que acaba de instalarse en palacio tenía demasiadas tristes herencias. Los católicos, o por lo menos muchos de ellos, no podían perdonar a Cánovas el artículo 11 de la Constitución. Y, por último, un sistema basado en unas elecciones permanentemente corrompidas que establecían un turno inevitable que se cocía en Palacio y en unas élites superminoritarias no podía ilusionar a nadie.

No hace mucho tracé un bosquejo de esta compleja coyuntura y a mi artículo sobre la Unión Católica remito a quien quiera más detalles sobre el tema. Aquí solamente apuntaré las que me parecen cuestiones fundamentales.

Y, en primer lugar, hay que hacer mención del liberalismo. El liberalismo venía de antiguo. E influyó decisivamente en toda nuestra historia del siglo XIX, tanto en su faceta más radical como en la más moderada. Desde 1833 hasta la fecha en que nos

hemos detenido —1876—, detentó el poder. Y en él seguiría hasta 1923. Lo que hacen 90 años ininterrumpidos. No es fácil dar una definición del mismo que comprenda a Mendizábal y Toteno, a Narváez, Espartero y O'Donnell, a Prim, Amadeo, Serrano, Salmerón y Castelar, a Cánovas y Sagasta, a Maura, Dato, Canalejas y Romanones... Creo que para lo que pretendemos es de enorme utilidad el viejo texto de la *Quanta Cura*, de Pío IX: Y escuchad con atención sus palabras porque siguen teniendo absoluta vigencia en nuestros días. Bastante más de cien años después. «Algunos hombres —la diferencia con nuestros días está en que hoy el Papa tendría que decir prácticamente todos los hombres— negando, con su desprecio completo, los principios más ciertos de la sana razón, se atraven a proclamar que la voluntad del pueblo, manifestada por lo que ellos llaman la opinión pública o de otro modo cualquiera, constituye la ley suprema —y atención porque ahora vienen las palabras clave—, independiente de todo derecho divino y humano».

Esto es el liberalismo. Postular que los hombres pueden legislar lo que quieran. Lo que quieran, aunque sea malo. El divorcio, aunque lo que Dios ha atado no lo pueda desatar el hombre. ¿Véis cómo las palabras de Pío IX son muy válidas hoy? El aborto, aunque Dios haya dicho no matarás. ¿Véis cómo las palabras de Pío IX son muy válidas para mañana?, ¿véis, sobre todo, cómo estamos en pleno liberalismo?

Porque el liberalismo no es la república frente a la monarquía. Ha habido repúblicas que duraron siglos, como la de Venecia, que fueron señoras del mar y casi de la historia, y que de liberales no tenían nada. Mientras que ha habido muchas monarquías que han sido y son absolutamente liberales. Tampoco tiene nada que ver con el control del poder. El tradicionalismo español siempre lo ha postulado y es la antítesis del liberalismo. Ni con las Cortes. No hay más que ver lo que fueron las españolas desde la Edad Media hasta que sucumbieron a manos del absolutismo regio. Ni siquiera el sufragio universal y los partidos políticos implican, necesariamente, el liberalismo. Siempre

que respeten los grandes principios queridos por Dios son lícitos para un católico.

Pues bien, ese liberalismo que hemos definido con palabras de aquel gran Papa que fue Pío IX, la Iglesia lo condenó. La marginación de Dios y sus leyes de la sociedad, el que los hombres vivieran y legislaran contra la voluntad de Dios, empeñaba toda la autoridad del Papa: «Nos, con nuestra autoridad apostólica (esas doctrinas) las reprobamos, proscribimos y condenamos; y queremos y mandamos que todos los hijos de la Iglesia católica las tengan por reprobadas, proscritas y condenadas».

Y aquí me permitiréis un inciso con nostalgia por aquellos Papas que con tanta claridad proclamaban la doctrina católica. Qué diferencia con la mayoría de los obispos españoles de hoy, que no sólo bendijeron el absoluto liberalismo de nuestra Constitución, sino que en un tema de tanta importancia social como es el divorcio, y tan contrario al expreso mandato de Cristo, callaron, consintieron o incluso bendijeron uno de los más graves pecados colectivos de nuestra patria.

Pero volvamos al liberalismo. O sigamos en él, que la conducta episcopal que comentamos es pura doctrina liberal. La tesis estaba proclamada con toda claridad. Y con toda autoridad. ¿Cómo se aplica ahora a las situaciones concretas? Y aquí un nuevo fracaso del catolicismo político español.

Nunca había contado éste con tal número de personalidades como las que, a finales del siglo XIX, militaban en el campo católico. Y habrá que esperar a los azarosos años de la segunda República para encontrar algo parecido. Sin ánimo exhaustivo citaré algunos nombres: Menéndez Pelayo, Cándido y Ramón Nocedal, Alejandro Pidal y Mon, Tamayo, Ortí y Lara, Sánchez de Toca, Navarro Villoslada, el marqués de Vadillo, Canga-Argüelles, Orgaz, Vicente de la Fuente, Valentín Gómez, la Pardo Bazán, Fernández Montaña, el marqués de Comillas, Aureliano Fernández Guerra, Mirabel, Guaquí, Suárez Bravo, Ramery, el marqués de Pidal, Perujo, Vildósola, Carulla, Manterola, Gil y Robles, Mateos Gago, Simonet, Eduardo de Hinojosa, Sardá, Pereda, Gabriel y Galán, Brieva, Brañas, Pou y Ordinas, Carbo-

nero y Sol, Galindo de Vera, Polo y Peirolón, Isern, Feliú, Barrio y Mier, el marqués de Cerralbo, Rubió y Ors, Verdaguier, Campián, Llauder, Urquijo, Gabino Tejado, Laverde, Selgas, de las Rivas, Azcárate, Cheste, Polavieja —el general cristiano se le llamaba—, Roca y Ponsa, Sánchez de Castro, Ferreiroa, López Ferreiro, Martelo Paumán, Donadío, los padres Fita, Villada, Vilaríño, Coloma, Fonseca, Vicent, Mir, Mendive, Muñíos...

Primeras figuras de la cátedra y de las Academias, de la milicia y de la aristocracia podrían rectificar los torcidos rumbos de nuestra historia y hacer sentir, pujante y vigoroso, el peso del catolicismo español en la vida pública de la que había estado ausente, como fuerza organizada, en los últimos cincuenta años de la vida nacional. El éxito del partido del Centro alemán, que uniendo a todos los católicos de aquella nación consiguió salvar los intereses religiosos frente a los durísimos embates de Bismarck y el Kulturkampf animaba a la empresa. La mente del nuevo Pontífice sintonizaba perfectamente con la idea. El apoyo de las personas de más renombre dentro del episcopado era indudable. Y todo terminó en un monumental fracaso que enfrentó a todos contra todos.

¿Por qué? Fueron varias las causas. En primer lugar había una división dinástica que enfrentaba a esas personas en dos grupos que resultaron irreconciliables. Unos eran carlistas y otros alfonsinos. Una miopía política impidió la unión en lo fundamental aunque se mantuviera la discrepancia dinástica.

En mi modesta opinión debió defenderse entonces la causa de Dios, que es independiente de don Carlos y don Alfonso, manteniendo cada uno las fidelidades que le acomoden, que en ello nada tiene que ver la religión si los derechos de Dios y de la Iglesia están a salvo. No se quiso ver así y pasó lo que pasó.

Subyacía en el fondo del problema el espinoso asunto del liberalismo.

El liberalismo tenía matices. Y muchos. Había gente que se tenía por liberal y no postulaba ese liberalismo extremo y anticristiano que pretendía construir la sociedad como si Cristo y la Iglesia no existieran. Todavía más, había católicos que votaban

al partido liberal-conservador y entendían que con ello defendían a la religión de los fusionistas y de los que estaban más a la izquierda de Sagasta, y en cierto modo no les faltaba la razón. O parte de la razón. Para complicar más el tema había otro partido, el carlista, que indudablemente estaba mucho más próximo al modelo de sociedad que postulaba Pío IX. Pero sus posibilidades de éxito, al menos a corto plazo, eran nulas tras la reiterada derrota militar. Por otra parte, el Papa, que había sentido tan claramente la doctrina —que sin embargo no era tan clara pues unos entendían que todo lo que llevaba el nombre liberal estaba proscrito para los católicos, mientras que otros sostenían que lo que estaba condenado era un determinado liberalismo extremo, tesis apoyada en no pocas declaraciones y conductas episcopales—, extremaba sus manifestaciones de afecto hacia la dinastía liberal hasta puntos que distaban mucho del simple respeto a una situación de hecho o del acatamiento al poder constituido.

El libro del canónigo tarraconense Rafael Tous y Ferrá es claro ejemplo de la utilización dinástica de las palabras pontificias que carlistas e integristas se apresuraban a desvirtuar como podían. Y hay que reconocer que, por parte sobre todo de estos últimos, con una audacia y una dialéctica extraordinarias. Sin embargo, no eran ciertamente favorables a la tesis de Nocedal ni a las de don Carlos que con la retirada del integrismo se había quedado con un partido casi analfabeto, referencias como ésta de León XIII a la Reina Regente: «Es además deber suyo (de los católicos) sujetarse respetuosamente a los poderes constituidos, y esto se lo pedimos con tanta más razón cuanto que se encuentra a la cabeza de vuestra noble nación una Reina ilustre, cuya piedad y devoción a la Iglesia habéis podido admirar».

Este decidido apoyo a la dinastía era aún remachado por León XIII con palabras que parecía no dejar duda de sus intenciones: «Por estas dotes, siendo a Nos carísima, le hemos dado públicos testimonios de nuestro afecto paternal, y de estos testimonios el más señalado es de haber levantado a la pila bautismal a su Augusto Hijo, que fundadamente esperamos habrá de



heredar con las altas cualidades de gobierno, la piedad y las virtudes de su madre».

No era en verdad profeta León XIII cuando se metía en política. Y no puede negarse la clara intención política, de la política más concreta, de las palabras pontificias. Palabras que eran una ingratitud con los sacrificios del carlismo por la religión por cuanto en la voluntad del Papa eran un certificado de defunción de las aspiraciones de don Carlos en beneficio de los herederos de quienes habían perseguido a la religión. Eran, además, una extralimitación de su potestad. Porque nada podía objetársele a su llamamiento a la sujeción a los poderes del Estado sobre todo cuando no había ninguna posibilidad racional de constituir otro mejor. Pero el Papa iba mucho más allá. Recomendaba pura y simplemente la operación que Pidal había intentando con su fórmula de unión de los católicos. El resultado iba a ser el mismo: el fracaso.

Las actuaciones de León XIII en este sentido son innumerables, tanto en abierto apoyo a la dinastía como cuando lo hacía de modo indirecto censurando a los integristas que eran quienes más combatían esas tesis. Desde el rescripto sumamente favorable a la Unión Católica, que no sirvió de nada, son muchos los documentos más o menos solemnes en este sentido: los discursos a los peregrinos de Toledo y Zaragoza en 1882, raquílicas representaciones que substituyeron a la magna concentración ideada por los Nocedal; la importante encíclica *Cum Multa*, de 8 de diciembre de 1882; la recomendación a Pidal de que se incorpore al partido de Cánovas; la encíclica *Inmortale Dei*, de 1884; la *Sapientiae Christianae*, de 1890; también colaboracionista; las cartas a Benavides y a Casañas de ese mismo año; las palabras que citamos a la romería de 1894; la carta de apoyo a Sancha de 1899 y la dirigida a Spínola contra Roca Ponsa ese mismo año; la censura que por medio de Rampolla se dirigió años antes (1894), al anciano Primado Monescillo que precipitó su enfermedad; la sonada advertencia al gran obispo de Plasencia, Casas y Souto, en 1886; la carta a Sancha de 1903 ...

Pese a todo, muchos católicos siguieron pensando que la di-

nastía reinante, que era la de la desamortización y el reconocimiento del Reino de Italia, la del artículo 11 y la de Canalejas, no podía ser amada y respetada por ellos. Habrían de pasar aún bastantes años para que el eclipse, una vez más, del carlismo, que ha sido el Gaudí de nuestra historia, y la radicalización sectaria y anticatólica del partido liberal, aproximaran a algunos al poder constituido. Nocedal había muerto y, sin él, el integrismo quedó muy debilitado. También había desaparecido la posibilidad de una presencia activa y decisiva de los católicos como tales en la vida pública. España caminaba de tumbo en tumbo, de la Semana Trágica a la Dictadura y de ésta a la República. Para mí, todos muertos ya, en la responsabilidad de los trágicos destinos de nuestra patria estaban León XIII, Pidal, Nocedal y todos los que hicieron imposible una verdadera unión de los católicos.

Es fácil juzgar errores desde una perspectiva histórica y conjeturar futuros posibles si no se hubieran dado hechos concretos que ya no es posible rectificar. La historia fue de otro modo y no dio la razón a ninguno de nuestros personajes. Pidal consiguió ser ministro de Cánovas y no se cortó la mano como había prometido. Poca gloria le reputó esa modesta carrera política. León XIII, el Pontífice de las luminosas encíclicas, llegó a ver y a sufrir el fracaso de sus opciones políticas, en merma clara de la religión. Si era un águila remontándose a las alturas de la teoría no puede decirse lo mismo cuando descendía a la práctica. Nocedal murió abandonado de casi todos. Aunque posiblemente con menos problemas de conciencia que los otros dos. Hizo siempre lo que creyó era su deber. Y tiene su grandeza la derrota cuando se ha combatido contra todos, sin rendirse nunca y por unos ideales que eran verdaderamente altos. Posiblemente tan altos que no sean dado alcanzar en este mundo. Los demás son personajes de segunda fila. Los obispos que primero le sostuvieron y luego le abandonaron, si bien obtuvieron sedes metropolitanas e incluso la primada, algunos apenas dejaron recuerdo de su mediocridad. Payá, Sancha y Guisasaola oscurecieron en esos días merecidas famas conquistadas cuando parecían pensar de otra manera. Moñescillo es otro caso. Y otra talla. Su polémica anti-

integrista responde a otros motivos. Y hay que reconocer que razones, al menos subjetivas, no le faltaron. Para cualquier obispo tiene que resultar molesto comprobar que un laico manda más en su clero que el prelado. O que el clero le obedece más. Y la personalidad, indudable, de aquel gran obispo no lo sufrió.

No hablemos de más: Cámara, Ortí y Lara, el obispo de Daulia; Sardá, el obispo de Teruel... Son el coro de la tragedia. Todos resultaron heridos. Gravemente heridos. Y la religión y España también.

Y aquí conviene detenerse en un punto extremadamente delicado pero que entiendo es necesario abordar.

Andrés Gamba ha hecho cumplida referencia de las actitudes políticas de León XIII y del inmenso error que supuso su injerencia en la política concreta francesa. Yo he apuntado el mismo fracaso del Papa en el pretendido «ralliement» español, esta vez no con la república sino con la monarquía de Sagunto. Los cristeros mejicanos se sintieron, después de su heroica lucha por Cristo y por la Iglesia, traicionados por, al menos, y creo que soy benévolo, parte de la jerarquía mejicana. Los católicos ucranianos creen hoy que la Santa Sede olvida sus derechos por no enemistarse con la iglesia ortodoxa rusa y ello en detrimento, piensan, de la verdad. Y podríamos continuar con los ejemplos.

¿Qué ha de hacer en estos casos el catolicismo político? Cuestión, como digo, delicada. Y sumamente importante. Yo pienso que tenemos en nuestra historia dos ejemplos claros que nos abren perspectivas de solución.

Pocos monarcas más católicos, no de la historia de España sino de la del mundo, que el César Carlos y el segundo de nuestros Felipes. Pocos gobernantes más afectos al Vicario de Cristo, si los ha habido, que el rey de Mühlberg y el de Lepanto. Y ninguno, en la historia de la humanidad superó a ambos en poner sus reinos al servicio de la causa de Dios y de la Iglesia.

Y ambos, en cuestiones políticas concretas, discreparon en ocasiones, con todo respeto, con toda prudencia, es más, yo diría que con todo amor, de la política concreta que en algún momento siguió el Papa de Roma.

Dos conductas históricas ilustrarán lo que digo. Cuando los ejércitos de España entran en Roma, nuestro rey decreta luto en la Corte y España dobla la rodilla ante el Papa prisionero porque era el Vicario de Cristo aunque, cuando actuaba como político, sólo fuera un enemigo de España. Su suprema potestad religiosa se respetó y veneró en todo momento. En cambio, cuando Napoleón, el Emperador de la Revolución, hizo prisioneros a Pío VI y a Pío VII, no era un hijo de la Iglesia el que actuaba sino el agente anticatólico de las fuerzas del mal.

Y éste es el caso extremo. *Mutatis mutandis* habrá que aplicarlo a Conferencias episcopales, obispos, teólogos o sacerdotes.

¡Que nadie nos supere en el amor al Papa! Cosa bien fácil, por otra parte, cuando el Papa es Juan Pablo II. El es, cualquiera que sea su nombre, la clave de nuestra fe que es la que tiene que empujarnos a las empresas políticas. No se puede ser católico sin un acatamiento fiel y gozoso a los dogmas de la Iglesia que el Papa custodia y garantiza. No se puede ser católico sin aceptar todo lo que en materias morales o de sacramentos la Iglesia prescribe legítimamente. No cabe un catolicismo político que no quiera llevar fielmente a la vida social los principios salvadores proclamados por la Iglesia. Pero esos principios ahí están, son de clara interpretación y a nosotros nos toca ponerlos en práctica. Y ya no hay que preguntar más.

El divorcio es un pecado y un mal social. No lo quiere Dios y no conviene a la sociedad. Si en un momento dado, en un país concreto pretende instaurarse, el catolicismo político tiene que presentarle batalla sin esperar instrucciones del Papa o de los obispos. Porque esas instrucciones ya están dadas por el mismo Cristo y por la enseñanza constante y universal de la Iglesia.

Podría ocurrir, que no fue el caso de España con el divorcio, que el Papa callara. Por las razones que fueran. El catolicismo político no tiene que esperar a oír su voz porque esa voz ya está dada y vale, porque es la palabra de Dios, hasta la consumación de los siglos.

Obrar de otra manera, esperar consignas para todo, acudir en petición de instrucciones a los obispos en todo momento, no

es obrar como seglares adultos, sino consagrar una teocracia que la Iglesia es la primera en rechazar.

A nosotros nos toca, pues, decidir las conductas políticas en base a la enseñanza de la Iglesia y a la prudencia. Serán los generales y no los obispos los que han de decidir cuando conviene reñir una batalla, supuesto que la guerra es justa. Será el gobernante quien tiene que decidir si conviene o no aplicar una sentencia de muerte teniendo en cuenta las necesidades de la sociedad, supuesto que la sentencia sea justa. En ese tema no tienen baza ni el Papa ni los obispos, que Dios los ha puesto en el mundo para otra cosa. Y aún acepto una gestión discreta impetrando misericordia, llevada con el mayor sigilo. Porque obrar de otra manera, hacer público que el Papa o los obispos solicitan un indulto o condenan una ejecución es una intromisión intolerable en la política que no se justifica eclesialmente.

Tuvo también gran importancia en esta fracasada unión de los católicos que tantos males pudo evitar una endémica enfermedad que nos aqueja y que es la intransigencia. No he de censurarla de modo absoluto porque en no pocas ocasiones es más que necesaria y no escasos males de los que nos amenazan tienen su causa en demasiadas transigencias por nuestra parte. Si a los perjuros, a los traidores, a los herejes, a los causantes de la descatolización de España, a los que trajeron el divorcio y traerán el aborto, *nec Ave dixeritis*, ni los saludáramos, otro gallo nos cantara. Pero a esas transigencias solemos añadir una intransigencia total con el que está muy próximo pero no piensa exactamente igual que nosotros. A ése le negamos el pan y la sal y le combatimos con más saña que al enemigo declarado. Naturalmente con gran regocijo y ventaja de éstos.

Os he citado una larga lista de personas que trabajando unidas hubieran podido hacer, a fines del siglo XIX, una España católica. Se combatieron inmisericordemente. ¡Qué diferencia con la actitud de la intelectualidad de la otra España! La «sociedad de bombos mutuos» funciona a la perfección entre ellos. De cualquier ignaro hacen un genio a fuerza de decir en sus periódicos que es un sabio de categoría universal. El caso del krausismo y la

Institución Libre de Enseñanza son muestra evidente de lo que digo. Será difícil, en cualquier momento intelectual de un país, encontrar mediocridades comparables a Sanz del Río, Giner, Azcárate, Fernando de Castro, Cossío, González Serrano... No valen nada. Sus libros, salvo contadísimas excepciones, se caen de las manos. Su base filosófica no es de recibo por nadie. Su fundador, Sanz del Río, era un locoide ininteligible. Y sin embargo, gracias a una acción inteligente y conjuntada, los españoles les tenían por los sabios de Grecia. ¡Cuánto tenemos que aprender en muchas ocasiones de las tácticas del enemigo!

Fracasado una vez más el intento del catolicismo español, ¡y cuántos van!, el peso de las grandes masas católicas se diluyó en la inactividad. Algunas reacciones aisladas frente a los atropellos cada vez más descarados de la izquierda, pero nada de significación.

Muchos católicos se integraron en las filas mauristas y después en las de don Miguel Primo de Rivera, pero mucho más como gente de orden que como católicos. Mientras tanto, las fuerzas del anticatolicismo eran cada vez más fuertes y amenazadoras.

Y señalaremos en este punto otra constante de nuestros fracasos. Por aquel entonces, estamos ya en los comienzos del siglo xx, nuestros adversarios perfeccionaron una fuerza potentísima, organizada e inteligente: la prensa. Los diarios del «trust», *El Heraldó*, *El Sol*, *El Imparcial*, el recientemente creado *ABC*, que aunque más moderado y monárquico era un periódico liberal, causan una sensación de infinita tristeza si los comparamos con la prensa católica. Y no sólo por lo que decían, sino, sobre todo, por el modo como lo decían.

Eran periódicos ágiles, atractivos, bien hechos... A su lado los nuestros se caían de las manos. La verdad estaba con nosotros, pero no la sabíamos vender. Ellos adornaban la mentira y la hacían atractiva y rentable políticamente.

Es necesario, por tanto, referirnos a la falta de generosidad económica de los nuestros. Están dispuestos a sacrificar la vida, y lo hacen cuando llega el caso con inmensa generosidad, pero

no saben entregar un dinero necesario y que muy posiblemente pueda evitar que después sea necesario entregar la vida.

Generosidad y trabajo bien hecho. Hay que modificar el refranero, porque está claro que hoy el buen paño en el arca no se vende. Tenemos el buen paño de la doctrina verdadera y salvadora. Aprendamos a venderlo.

Y llegamos al último fracaso del catolicismo político español. La II República fue un nuevo triunfo de la España anticatólica, y, como en otras ocasiones, reaccionó de nuevo vigorosamente el catolicismo político de nuestra patria. Alrededor de *Acción Española* se agruparon intelectuales, científicos, militares y sacerdotes de enorme prestigio y valía. El carlismo renació una vez más de sus cenizas porque era preciso de nuevo salvar la religión y la patria. Miles de jóvenes pidieron un fusil y miles de madres los ofrecieron con alegría a España y a Dios.

Los mártires vivificaron de nuevo con su sangre generosa y fecunda el yermo seco de una patria agonizante, y el esfuerzo de todos y la ayuda de Dios nos dieron una vez más la victoria. Que una vez más pareció absoluta y definitiva. Después... El después es el hoy. ¿Para esto murieron? ¿Para esto lucharon? ¿Para esto, aquí estais algunos que vivisteis esos días, a los fríos y a los soles, viendo cómo morían compañeros a vuestro lado, en las trincheras, o seres queridos en las cunetas de la España roja, para esto tanto esfuerzo, tanta sangre, tanta ilusión, tantas lágrimas...?

Y es que volvió a ocurrir exactamente lo mismo. La vuelta a casa y al trabajo, la despreocupación, el dejar el puesto al arribista y al sinvergüenza, la falta de generosidad con las empresas que podían mantener el espíritu de la victoria...

Para qué seguir. Quienes estaban en el poder lo entregaron vergonzosamente. Yo creo que no fueron desleales, porque ignoran absolutamente lo que es la lealtad. Pero antes se habían entregado las cátedras a los que envenenaron a una juventud, los cargos a quienes pretendían solamente el lucro personal, las sedes episcopales a unos obispos tan indignos como no los conoció España en toda su historia, la prensa al enemigo y la gloria al adversario.

Hasta aquí la historia de nuestros fracasos. Pero el título de nuestra conferencia habla también de esperanza. Que es virtud teologal del cristiano por difíciles que sean los días y negra la noche.

*Ave Crux, spes unica.* Esa es la última y primera razón de nuestra esperanza. La Cruz está con nosotros y nosotros con la Cruz. La sangre generosa e infinita de Cristo se ha fundido con la sangre de los mártires de España en un sacrificio expiatorio que ha de darnos la victoria. Murieron por El y Dios no olvida. Murieron por España y Dios no ha de permitir que esta nación de santos devenga una Babilonia del vicio y el error.

Y a la esperanza en Dios añadamos también la de nuestros esfuerzos. Hemos aprendido mucho. No podemos repetir los errores del pasado. Los días no pueden ser peores, y éstos son los que hacen despertar de su trágico sueño a los católicos de esta nación. Pongámonos a trabajar con ilusión tensa en la causa de Dios, que es la causa de España. Nos recordaba Diego Sánchez aquella hermosa historia del rey de Castilla que acudió a Burgos a visitar las obras de la catedral. Allí, un pobre obrero, el más humilde de todos, se afanaba en darle forma a la piedra bertoqueña que se perdería en los cimientos, en los muros o en la bóveda. Y el rey, al ver el interés y la aplicación que aquel pobre hombre ponía en su tarea le preguntó qué hacía.

Levantó los ojos de la piedra y con la mirada encendida de orgullo respondió: «Majestad, estoy haciendo una catedral».

Igual nosotros. Apliquémonos a rehacer España, que tiene que volver a ser una catedral para Dios. Y el día en que lleguemos a su eterna morada, a encontrarnos con nuestros muertos y con nuestro Dios, cuando El nos pregunte: «¿Qué has hecho?», podamos responderle, con amor y con orgullo: «Te levantamos de nuevo una catedral, todavía más hermosa que la que Satanás derribó, desde la cual todos los días, hasta el final de los siglos, como ayer, como siempre, los españoles te dicen Santo, Santo, Santo».